

Mt 25,14-30

Si te escucha, habrás ganado a tu hermano

El Evangelio de este Domingo XXXIII del tiempo ordinario, que es el penúltimo del año litúrgico, es la «parábola de los talentos». Esta parábola está en el capítulo XXV de Mateo a continuación de la parábola de las diez vírgenes y supone la misma introducción. En efecto, si la parábola de las diez vírgenes, que leíamos el domingo pasado, tenía la introducción habitual: «El Reino de los cielos será semejante a...», la de los talentos comienza simplemente con la cláusula: «Porque es también como...». La intención de Jesús es siempre revelarnos, por este medio, algún aspecto del misterio de su propia Persona. Así lo aclara respondiendo a la pregunta de sus discípulos sobre su enseñanza en parábolas: «Porque a ustedes les ha sido dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos» (Mt 13,11). En ambas parábolas se trata del misterio de su Venida final.

La parábola es un medio de enseñanza usado por Jesús. Por analogía con alguna situación de la vida real bien conocida por su auditorio, les revela algo sobre su Persona. Por medio de la parábola de las vírgenes nos revela que su Venida final, que es segura, puede tardar y, por tanto, hay que estar siempre preparados para recibirlo; quien no lo esté, cuando venga, quedara excluido –«la puerta fue cerrada»– y recibirá del Esposo la sentencia: «En verdad les digo, que no los conozco» (Mt 25,14). Es la privación para siempre del amor del Esposo. Sabemos que el verbo semita «conocer» significa también «amar». Jesús concluye esa enseñanza con una exhortación para nuestra vida presente: «Velen, pues, porque no saben ni el día ni la hora».

A continuación y como una explicación de esa exhortación a velar, Jesús expone la parábola de los talentos: «Pues es como un hombre, que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó». Después de que el señor de esos siervos partió de viaje, comienza para ellos el tiempo de la espera de su Venida y, por tanto, el tiempo de la vigilancia. Jesús indica cantidades grandes de dinero; un talento es una medida de dinero que equivale a 37 kg de oro, un cofre lleno de monedas de oro. ¿Qué hicieron esos

siervos en el tiempo de la espera? Por medio de esta parábola Jesús nos dice en qué consiste «velar».

«El que había recibido cinco talentos fue enseguida y trabajó con ellos y ganó otros cinco. Igualmente, el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio, el que había recibido uno fue, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor». Los dos primeros siervos, durante el tiempo de la ausencia de su señor, operaron con su dinero y ambos lo hicieron rendir el 100%. En cambio, el que recibió un talento no se interesó en hacer rendir el dinero de su señor y, una vez que lo escondió bajo tierra, se despreocupó de él. Este siervo no está velando. El señor podía venir pronto o tardar; su vida no se afecta por eso. Su rendimiento fue 0, más bien fue negativo. Cuando venga el señor de esos siervos, ¿qué ocurrirá a cada uno de ellos?

«Al cabo de mucho tiempo, viene el señor de aquellos siervos y les pide cuentas». Este es el punto central de la parábola. ¡Todos deberemos dar cuenta de los dones recibidos! «Acercandose el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: "Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes otros cinco que he ganado". Su señor le dijo: "¡Bien, siervo bueno y fiel!; has sido fiel en lo poco, te pondré al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu señor"». Idénticas cuentas dio el que había recibido dos talentos y recibió idéntica recompensa. Haciendo rendir el dinero de su señor, ellos estaban cumpliendo lo que el señor les encomendó y preparandose para rendirle cuentas. Eso significa velar. Fueron invitados a entrar en el gozo de su señor. Podemos recordar aquí las palabras de Jesús: «Les he dicho esto, para que mi gozo esté en ustedes, y el gozo de ustedes sea colmado» (Jn 15,11). Es el gozo que tienen ya en esta tierra los que reconocen los dones que han recibido de Dios, los agradecen y los ponen al servicio de los demás.

Distinta será la sentencia del que no ha hecho rendir el dinero de su señor. También a él pidió cuentas el señor y él las dio así: «Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido. Por eso, tuve miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira, aquí tienes lo tuyo». Él dicta su propia condena, pues, si reprocha a su señor ser un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado, con mayor razón debió haberle dado la cosecha de lo que sí ha sembrado; le ha entregado un talento y espera el fruto de ese dinero. El señor le dijo: «Siervo malo y perezoso...». Y ordena: «A ese siervo inútil, echenlo a las tinieblas de fuera».

Aquí termina la parábola. Jesús concluye: «Allí será el llanto y el rechinar de dientes». Es la expresión de la amargura y la rabia sin fin.

Hoy se ha establecido la exigencia de rendir cuenta en los negocios de este mundo, la así llamada «accountability». La estableció Jesús hace veintiún siglos, no para los negocios de este mundo, sino para el negocio de toda la vida, el de nuestra salvación eterna.

En la parábola se usa el término griego «doulos» (esclavo, siervo). Algunas versiones traducen ese término por «servidor». No es una buena traducción, porque se incurre en la expresión contradictoria «servidor inútil». Si alguien recibe el nombre de «servidor» es porque sirve; si es «inútil», no sirve y, por tanto, no puede llamarse «servidor». «Siervo», en cambio, es una condición. Un siervo puede ser malo e inútil. Este es el caso de la parábola.

Debemos observar que la palabra griega «tánton», que era una medida de dinero –37 kg de oro–, por influjo de esta parábola sobre la cultura, pasó a designar los dones innatos que cada uno ha recibido de Dios. En efecto, se habla del «talento musical o literario o artístico, etc.». Al designar con ese nombre a estos dones se quiere decir que han sido recibidos para hacerlos rendir, es decir, no para enterrarlos, sino para cultivarlos y ponerlos al servicio de los demás.

El don más grande que nos dejó al Señor al partir es su Palabra de vida, que nos da la salvación: «Por gracia ustedes han sido salvados... y esto no viene de ustedes, sino que es un don de Dios» (cf. Ef 2,5.8). De este don se nos pedirá cuentas cuando venga el Señor. Si podemos presentarle otro hermano o hermana a quien hemos anunciado la Palabra de Dios y ha acogido la salvación, el Señor nos dará la recompensa del siervo bueno y fiel. Lo asegura Santiago: «Sepan que el que convierte a un pecador de su camino desviado, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados» (Sant 5,20). Lo recomienda Jesús: «Si tu hermano peca, reprendelo... Si te escucha, habrás ganado a tu hermano» (Mt 18,15). Los grandes apóstoles y santos saldrán al encuentro del Señor con una multitud de hermanos que ellos han ganado para el Señor.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles